

# La zafra, cita con el subproletariado andaluz

A. RAMOS ESPEJO

LOS meses de abril y mayo, cuando en la Costa del Sol asoman las primeras expediciones turísticas, esta zona tiene una cita con el subproletariado agrícola andaluz para derribar a golpe de machete unas 3.500 toneladas de caña de azúcar. Centenares de trabajadores, con sus familiares, llegan a la zafra, procedentes de aquellas zonas más castigadas por el paro obrero: Serranía de Ronda comarcas de Alhama, Huéscar, Baza, Guadix, La Alpujarra, Osuna y los alrededores de las comarcas cañeras, que se extienden desde la desembocadura del Guadalquivir en Málaga (con 2.200 hectáreas de cultivo, concentrado en los términos de Rincón de la Victoria, Vélez-Málaga, Torrox y Nerja), el litoral granadino (con 2.500 hectáreas entre Almuñécar, Salobreña y Motril) hasta Almería (sólo 100 hectáreas en Adra). Aquí acuden parte de ese medio millón de jornaleros andaluces, que pasan seis meses del año en paro casi absoluto y de ellos, aquellos que en una situación más desesperada afrontan la heroicidad de trabajar a destajo durante un mínimo de doce horas durante sesenta días sin parar, sometidos a la explotación denigrante del destajo. El corte de la caña y todas las faenas que lleva emparejadas esta campaña, conocida por *monda* o *zafra*, es uno de los trabajos más duros que tiene que soportar el trabajador andaluz. Cuando en Cataluña, en voz de un destacado político, Jordi Pujol, se ha puesto en duda la capacidad laboral del pueblo andaluz, bien vale la pena sacar a la luz este botón de muestra, sin necesidad de dar repaso a otros, que realizan los hombres del Sur dentro y fuera de su región, dentro y fuera de España, y demostrar a través del mismo en qué condiciones se ve obligado a vivir un elevado porcentaje de la población sureña. Y es también oportuno traer aquí la cita, antes de seguir con la descripción del trabajo de la zafra, de Jean Sermet:

"Gran parte de las leyendas y cuentos sobre la pereza, la superficialidad y la prodigalidad andaluza han sido propagadas en el siglo XIX por los industriales catalanes, con el fin de pagar salarios más bajos a los andaluces que atraían hacia sus fábricas. Paul

Hazard me lo confió y tenía testimonio de ello en la caja fuerte del Consulado. Había vivido este problema desde hacía más de treinta años que vivía en Almería y amaba a los almerienses. Se indignaba de un engaño tan flagrante. El movimiento migratorio andaluz se dirigió más adelante hacia las grandes obras hidráulicas de Aragón, Castilla y el Norte" (1).

Esta cita no pretende, ni mucho menos, poner en conflicto a dos regiones, que tienen muchos intereses en común; pero sí, aclarar hasta qué punto ha sido deformada la imagen del trabajador andaluz desde el siglo XIX hasta hoy, no sólo por capitalistas de fuera

rio es de los que todavía mide la capacidad de trabajo del hombre en función de los *caballos de máquina* que tenga cada uno para soportar sin decaer su ritmo durante las horas que hagan falta.

## Paro y represión, en Motril

"Me levanto por la mañana como si hubiera estado durmiendo en una canasta", dice un cargador de caña. El destajo les impone jornadas de sol a sol y acaban con los cuerpos destrozados. Para colmo, a muchos de estos trabajadores, según es tradición en las casas de los agricultores fuertes

reduzca sensiblemente el número de jornaleros con sus familiares que acuden a estas tierras. Así, mientras en 1973 se desplazaban sólo a esta comarca unas diez mil personas, entre trabajadores y familiares de éstos, ahora no llegan a mil. La caña se quema ahora primero para que ardan las brozas y después pasan las máquinas. Los macheteros se encargan de cortar en aquellas parcelas a las que no tiene acceso la máquina. Como la caña ha sido quemada, tanto los macheteros como los cargadores acaban embadumados de carbonilla.

El trabajo es tan terrible y sufrido que los jornaleros de Motril apenas participan en la zafra, a pesar del elevado índice de paro que soporta la población laboral de esta zona: hay unos 500 jornaleros en la zona, que durante este tiempo prefieren trabajar recogiendo patatas o claveles con salarios más bajos de los que se pagan en la zafra. De los 5.000 trabajadores de la construcción de Motril, 3.500 se encuentran actualmente parados y sólo 670 cobran seguro de desempleo y difícilmente se contratan para el corte de la caña, que queda reservado al subproletariado que viene de fuera. Sin embargo, el trabajador agrícola de Motril, en faenas como la patata, el clavel, la habichuela, etc., soporta trabajar en el campo con salarios inferiores a los que marca la Ley. Mientras en algunas fincas se pagan 1.000 de jornal, en otras —suele ser en las de los grandes propietarios, que imponen su ley por el hecho de contar con más puestos de trabajo que ofrecer— pagan menos de 600 pesetas para los hombres y las jornaleras alcanzan salarios entre 250 y 500 pesetas, muy por debajo de las 640 que marca la ordenanza laboral para el jornalero eventual.

"Todo esto ocurre —nos dice un viejo jornalero— por el miedo. Aquí no hay quien dé una voz más alta que otra y el que la da ya sabe lo que le pasa. ¿Por qué no han dejado hablar aquí a Felipe González? Pues si viniera Fraga... No quieren que se oiga hablar de reforma agraria, ni de reparto, ni de subir los jornales. Nada más que tenemos sujetos. Hay mucho miedo. Como no muevan esto... Mire ése, mi hermano. Ha estado treinta años de encar-



de esta región, sino principalmente por los oligarcas andaluces. Hace tan sólo unos días, un empresario agrícola nos decía en el campo de Motril: "Aquellos de allí —señalaba una cuadrilla de *monderos*— pueden sacar las dos mil pesetas diarias cada uno. Los trabajan bien. Aquellos otros son más flojos. Ya sabe, entre los andaluces... Esos no llegarán ni a las mil quinientas pesetas". Tanto a unos como a otros, el ritmo fuerte del destajo les hacía correr el sudor a chorrillo. Este empresa-

de Motril, después de la jornada, el obrero, en lugar de quedarse a descansar en su casa, tiene que vestirse de limpio para ir a esperar órdenes del patrón. Normalmente, éste se retrasa en su tertulia de taberna o en otros quehaceres, y hace que el jornalero pierda dos o tres horas preciosas para su descanso.

Nuestro informe, dentro de esta zona cañera, única en el litoral de la Península, se centra en los términos municipales de Motril y Salobreña, en la provincia de Granada. En este sector, desde hace algunas temporadas, gran parte del corte de la caña se hace a máquina. Esto ha hecho que se

(1) Jean Sermet: "Andalucía como hecho regional", pág. 154. Publ. Universidad de Granada, 1975.





Centenares de jornaleros andaluces llegan a la zafra y trabajan doce horas diarias durante dos meses para poder vivir en las largas épocas de paro.

gado en el cortijo de un cacique de aquí y se ha salido como entró, para tener que trabajar ahora a jornal". Y Motril es una de las comarcas que ha tenido más lucha en el campo en los pueblos en esta parte de Andalucía. Pero la grave represión que han sufrido algunos de los líderes del Sindicato de Jornaleros, como Soto, Enrique Cobos y otros, con multas y detenciones, no ha sido todavía suficiente para disipar el miedo, que es infinitamente mayor en los trabajadores que proceden de zonas más deprimidas, y por tanto con mayor índice de control, que vienen a la zafra a someterse al libre mercado del destajo.

### Condiciones del destajo

¿Por qué el trabajador andaluz se ve obligado a soportar las condiciones de trabajo de la zafra, o de la vendimia, la aceituna o el algodón? Porque, convertido en animal de carga, tiene forzosamente que aceptar este ritmo de trabajo, porque con el dinero que ahorre, de 50.000 a 80.000 pe-

setas, que pueda llevar a su casa, le permite hacer frente a los largos meses de paro que les espera en sus pueblos.

Las condiciones del destajo son las siguientes: a 2,55 pesetas por arroba para los macheteros. De doce a quince horas de trabajo, un machetero puede sacar de 1.200 a 2.000 pesetas diarias si llega a cortar de 500 a 800 arrobas diarias (de 5.750 a 9.200 kilos).

También se paga a 2,55 el transporte de la caña en acarreo (de caballerías). Los cargadores de camión cobran setenta pesetas por cada tonelada de caña que cargan y ochenta pesetas al propietario del camión, que a su vez debe pagar a un ayudante y los seguros de los cargadores.

De estos salarios, los trabajadores tienen que pagar la comida. Se les facilita vivienda o apero, que suele ser inhumano. El jornalero, con la familia que arrastra consigo, viven normalmente en una habitación, junto a la cuadra para los animales que también traen para acarrear la caña. Algunos de los aperos han mejorado,

pero lo normal es que sean chabolas inhumanas y antihigiénicas.

El trabajo de la mujer en la caña ha sido eliminado. Antes, hace tres temporadas, todavía existían las degolladoras, que se encargaban de limpiar las brozas de la caña, ahora, la mujer del madero o bien permanece en la casa para preparar la comida, o bien se contrata en otras faenas del campo o se dedica a la rebusca de la patata.

Para el campesinado, la caña, como las plantaciones de álamos en otras zonas, no es rentable porque se trata de un cultivo que no tiene más faena que la de su recolección, y en su lugar, en estas tierras de la Costa del Sol, podrían sembrarse otros productos que darían tres cosechas (en lugar de una, como la caña) de cultivos (patata, maíz, habichuelas, etc.), que proporcionarían mayor número de mano de obra. De todas formas, parece que este cultivo está en crisis. Esta crisis se hace más evidente en las fábricas azucareras. Cerraron las de Adra, Torre del Mar y una en Motril. Este año ha dejado de molturar

otra fábrica en Motril, dejando a veinte trabajadores de plantilla en la calle, problema que ha motivado un encierro de estos trabajadores en el inmueble de la empresa y parece que la tendencia es concentrar, para reducir aún más la mano de obra y acrecentar el paro obrero de esta zona, toda la molturación en una sola fábrica.

Al margen de esta cuestión de la reconversión del cultivo de la caña en otros que puedan alternar de dos a tres cosechas anuales, proporcionando mayor rentabilidad de la tierra y más mano de obra, queda constancia de este modelo de explotación, uno de tantos, que soportan los jornaleros andaluces. El corte de la caña, al filo del Mediterráneo, destrozando sus cuerpos por acumular unas pesetas que alivien los meses de letargo obligado en los pueblos del Sur; contratándose bajo ese procedimiento, todavía no desterrado de la ordenanza laboral, del destajo inhumano que, en buena parte por necesidad y en otra por el miedo a la represión, el jornalero andaluz aún no ha podido combatir.

■ Fotos: CHITUELA ESPINOS.